

ARTÍCULO-RESEÑA

ELOGIO DE LA COMPLEJIDAD*

GUILLERMO ZERMEÑO

El Colegio de México

Se sabe de la enorme dificultad de reseñar un libro colectivo, en particular, para hacer justicia a cada uno de los trabajos recogidos en una compilación. Por esa causa, no puedo sino intentar hacer algunos comentarios generales sobre una obra que, de inicio, celebro su aparición en el ámbito de la lengua española y de la historiografía latinoamericana. La obra preparada por Saurabh Dube contiene algunas características que la singularizan y la convierten en un trabajo de gran interés para el desarrollo de la historiografía en general.

Comienzo por situarlo en el ámbito de la historia, a pesar de que muchos de sus colaboradores no son en sentido estricto (institucional) “historiadores”. Sin embargo, todos se ubican en el amplio mundo de las ciencias sociales y de las humanidades, por lo cual existe la necesidad de aclarar en qué sentido se trata de una obra histórica colectiva o de un conjunto de textos que por medio de la escritura reelaboran los pasados que dan sentido y orientación al presente. En esta compilación se recuperan trabajos de historiadores, antropólogos, literatos y etnólogos que reflexionan críticamente sobre su presente a partir de ciertos episodios acontecidos. Esta operación la realizan tomando en cuenta una doble perspectiva.

Primero, los vincula hacerlo frente al discurso histórico de corte universalista que se produjo fundamentalmente durante el periodo nacional, pero cuyas raíces se hunden en el perio-

* Reseña del libro: Saurabh Dube (coord.), *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*. (Tr. Germán Franco Toriz) México, El Colegio de México, 1999.

do de la colonización británica de la India. Estas narraciones generalmente han impedido mostrar la otra cara de la historia: la experiencia de las minorías o de los individuos y grupos “subalternos”: mujeres o niños, campesinos u obreros, minorías étnicas o religiosas... Todos sus autores coinciden en problematizar un discurso que subsume en la idea de nación, rasgos o aspectos que vendrían propiamente a mostrar las diferencias que existen solamente en una unidad discursiva. Esta acción implica, necesariamente, contravenir las reglas a partir de las cuales se ha producido esa clase de saber moderno sobre el pasado. Es en ese sentido que, en esta obra monumental —no sólo por el número de sus páginas— se agrupa un conjunto de historias antropológicas y etnográficas de la India realizadas por reconocidos especialistas.

Su publicación en nuestra lengua es una magnífica oportunidad para establecer el diálogo con una corriente crítica —en deuda con la historiografía social inglesa— de pensamiento histórico. Si bien trata de la historia del sur del continente asiático, indudablemente sus contribuciones se inscriben en el debate contemporáneo sobre el futuro de una nueva ciencia de la historia. Este solo hecho da pie para que académicos provenientes de otras disciplinas y de otras latitudes participen en ese espacio denominado *Subaltern Studies* o *Estudios de la subalternidad*. Además de las cuestiones específicas propias de la investigación histórica, en los trabajos aquí reunidos no se desestiman otras de índole teórica debido a que la “historia no es una empresa que pueda empezarse desde el principio: siempre está ya ‘empezada’” (Kaviraj, 344).

En principio su programa intenta rectificar de raíz —no sólo ideológicamente— una historiografía nacionalista que ha dado primacía a la voz y papel de las élites gobernantes. Al modo de Kant, acepta las categorías heredadas para el análisis social e histórico no como naturales o modelos capaces de dar cuenta del todo, sino como producción social histórica. Las “nuevas historias” que se presentan en *Pasados poscoloniales* ponen en juego métodos que permiten precisamente atender a esas “pequeñas voces” olvidadas por la historiografía oficial. En esa medida se delinea el marco para una nueva historia del uso del poder en el Occidente moderno.

Hay, sin embargo, una segunda perspectiva todavía más provocadora que se destaca, precisamente, en el mismo título: la dimensión poscolonial. Quizás una de las novedades más atractivas de esta colección consiste en replantear la vieja cuestión del colonialismo, pero trasladada ahora a un terreno que las teorías clásicas no reflexionaron suficientemente: el análisis del lenguaje de la historia. Se trata no sólo de pensar “lo propio” desde la otra orilla o desde los márgenes del Imperio, sino desde el mismo lugar en que esta visión ocurre: el de la escritura. En ese sentido, las formas del conocimiento colonial son inseparables de la forma de comunicación de lo escrito y de sus efectos. Por eso, cada uno de los ensayos dedicados a rescatar los rituales del poder colonial (Cohn), los discursos históricos coloniales sobre las revueltas campesinas (Guha) o la representación y formas de ser de la mujer del siglo XIX (Mani, Sakar) no se conciben sino como intervenciones críticas en discursos previamente contruidos, esforzándose en escuchar la voz de lo que ha sido silenciado.

La dimensión poscolonial como categoría analítica es también inseparable del de la subalternidad. Ambas son perspectivas teóricas que sientan las bases para arrojar una mirada más lúcida y compleja sobre el pasado tanto colonial como nacional de la India. No importa únicamente ofrecer una descripción de las variadas formas de dominación prevalecientes en la época moderna, en la que algunos individuos no sólo han padecido sino que han ofrecido resistencia a los efectos de las campañas civilizadoras de la nación-Estado. No deja de ser significativo por ello que, con independencia de cualquier lugar geográfico, el mismo Dube tome al gran pensador alemán Walter Benjamin —que sufrió en vida los rigores del fascismo— como uno de los intelectuales emblema de esta empresa poscolonial que intenta poder “rozar el pasado o pasados *against the grain*, y de expulsar el último rastro de desarrollo de la imagen de la historia y las representaciones de la modernidad” (Dube, p.97).

Importa además situar la querella en el corazón de la *episteme* o núcleo estructurador del saber histórico y social moderno. Las formas de dominación no son separables de las formas en las que se estructura el saber del otro: “Poseer los materiales

no es poseer una historia” (Kaviraj, 339). Los nacionalismos modernos se han visto cominados —debido a su ruptura con el pasado— a exhibirse como los depositarios de la verdad de las comunidades y grupos inscritos dentro de las fronteras de sus territorios. El diagnóstico crítico de este programa contiene la siguiente premisa: mientras no se realice la crítica de la modernidad planteada como exclusiva depositaria de la verdad, no se está en condiciones de escribir “historia auténtica”, es decir, de escuchar la voz del otro. Esta forma de la crítica no supone aislarse del proceso (se escribe cuando la historia ya está en marcha), sino recurrir a distinciones de mayor complejidad sustentadas en la elaboración de una nueva epistemología para revisar y reescribir los lugares comunes de la historiografía moderna.

Dube en su introducción es explícito: “El impulso crítico de *Pasados poscoloniales* tiene la intención de cuestionar el influyente lugar y la insidiosa presencia de oposiciones omnímodas y antinomias autoritarias en las elaboraciones de las modernidades occidentales, coloniales y poscoloniales. Me refiero aquí a las oposiciones binarias entre ritual y racionalidad, mito e historia, tradición y modernidad, comunidad y Estado, la magia y lo moderno, emoción y razón, Occidente y Oriente y todas las demás. (...) El desafío a tales oposiciones avasalladoras y los esquemas teleológicos que generan, es un modo de resistir a los planos conceptuales que ofuscan, en voz de dos antropólogos desde Africa, “los muchos senderos imaginativos de las prácticas humanas”. Así, “Pensar mediante los márgenes es a la vez una aventura teórica y una empresa estratégica” (74-75).

En efecto, por diferentes senderos, cada una de las contribuciones pone en cuestión algunas de las distinciones clásicas sobre las que la sociedad moderna ha tendido a observarse. Se pueden mencionar por lo menos tres de éstas: las de sujeto y objeto que refieren a la epistemología; las de tradición y modernidad a partir de la cual se estructura y jerarquiza la composición de las sociedades modernas, y la de religión y política con la que se intenta indicar causas y motivos de posibles desajustes dentro de un proceso que se concibe lineal y en ascenso. A partir de la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann

sabemos que no hay observación que no presuponga una distinción. Toda distinción es una simplificación de la realidad, pero sin esta operación no observamos simplemente nada. La introducción de categorías teóricas como las de la subalternidad y poscolonialidad obliga a realizar distinciones con un grado mayor de complejidad. Es aquí, me parece, en donde se atisba uno de los giros más interesantes de esta propuesta. Por ejemplo, en el ensayo de Guha sobre las rebeliones campesinas, tradicionalmente el elemento religioso fue eliminado de la observación (Guha, 203); o como Mani lo muestra de manera convincente, los colonizadores al abolir la práctica de la *Sati*, construyeron un “discurso moderno sobre la tradición” que condujo a otra forma de “inmolación” de la mujer en vida; o bien, a diferencia de la contraposición clásica sujeto/objeto, confirmar que el científico social como observador, antes de contar su historia ya está enredado en la historia, y determinar con ello que “el oficio de la escritura de la historia también es parte de la historia” (Kaviraj, 304). De esa manera, la lectura de estas historias realiza un tipo de “iluminación histórica” sobre aspectos que están/estaban ahí, pero que no están/estaban en situación “teórica” de ser esclarecidos.

La conjunción de esa doble perspectiva permite superar lo que sería un discurso histórico moderno de corte universalista o totalitario, así como mostrar que no existe una única vía para acceder a la modernidad. Ésta no engloba sino un futuro que nunca acaba de cumplirse del todo y que va dejando tras de sí un cúmulo de despojos, siguiendo la alegoría del ángel alado de Benjamin. Es desde esa mirada que los *Pasados coloniales* por medio de la mano del historiador pueden inscribirse en la poscolonialidad. ¿Cómo toma cuerpo esta doble perspectiva? Fundamentalmente en el territorio del lenguaje sobre el pasado, donde tiene lugar la guerra de las interpretaciones o formas de observar, centrado en dos nociones históricas básicas: la crítica del anacronismo histórico moderno y de su consecuente teleología; la modernidad y el progreso vistos como *telos* y destino de la historia.

El punto decisivo, a mi entender, está en poder concebir el “ayer” colonial como una entidad que sigue condicionando y afectando las prácticas culturales del presente. Esta perspecti-

va que se separa de una visión de la temporalidad lineal y progresiva, sienta las bases para que estas historias y etnohistorias de la India puedan dialogar con otras historias situadas allende sus fronteras geográficas y disciplinarias. Se hacen “comunicables”, por ejemplo, para lectores situados en otra geografía y otras coordenadas históricas.

La concepción de un “ayer” colonial que permanece encapsulado en el “hoy” contiene por lo menos dos implicaciones. La primera es que para liberar ese pasado es preciso trabajarlo, tiene que ser recordado. El pasado sólo puede borrarse después de haberlo hecho propio; no antes. Este principio explica el porqué la mayor parte de los estudios representados por *Subaltern Studies* se orienten en dirección de los *Cultural Studies*. La segunda implicación, no menos relevante, tiene que ver, como se dijo, con la necesidad de complejizar las categorías teóricas generalmente aceptadas. El colonialismo y sus efectos en los periodos ya no propiamente coloniales (poscoloniales), sólo es observable si se dispone de una noción de poscolonialidad, entendida como una categoría metahistórica. Esto quiere decir que el pasado observado no refiere exclusivamente a una marca que se puede identificar dentro de una secuencia cronológica, sino que supone algo más: reconocer que las marcas del colonialismo sobreviven incluso más allá de sus propios límites políticos o económicos identificados, generalmente, como la entrada a la era de las constituciones democráticas y a la inserción en el mundo de las revoluciones industriales. Para trasponer este umbral es necesario también reconocer al pasado como una categoría analítica fundamental constitutiva de nuestra época. De ese modo, como el mismo Dube lo indica en su brillante y erudita introducción, cuando se habla de “poscolonialidad” no se refiere a una sucesión temporal que va de la experiencia colonial a la poscolonial, como del paso de la noche al día. Si así fuera, el puro criterio cronológico llevaría a postular la no coincidencia y, por tanto, a la incompatibilidad entre los procesos de los países latinoamericanos y la experiencia de los países del continente del sur de Asia. Por eso, el término poscolonial se debe entender fundamentalmente como una categoría teórica, es decir, como una de las llaves para leer los textos presentados; textos que no sólo nos infor-

man de “pasados exóticos” o legendarios, sino que nos acercan a experiencias distantes a la vez que cercanas.

Desde esta perspectiva se justifica con creces la aparición de esta obra colectiva, escrita originalmente en inglés y que gracias a la magia de la esmerada y excelente traducción de Germán Franco, nos podemos introducir en territorios poco conocidos del pasado humano, así como reconocernos en otros, salvando con ello las barreras geográficas e idiomáticas. En ese sentido su aparición desde nuestros propios márgenes hispanohablantes constituye un acontecimiento editorial.

El libro se compone de 14 ensayos originales de diversos especialistas en la India y de una extensa introducción de su compilador. Cada una de sus partes destaca por su calidad e imaginación crítica. No sólo señalan las fronteras y límites del conocimiento adquirido sobre cada uno de los temas, sino que tienen la virtud de apuntar nuevos problemas y abrir nuevas interrogaciones. Son, se podría decir, historias que dan mucho en qué pensar porque son el resultado de un largo proceso de depuración y reflexión.

La estructura de la obra discurre sobre cuatro grandes apartados o ejes temáticos de interés, cada uno con distintos niveles de complejidad. Éstos, a su vez, están articulados por una preocupación central: se nos invita a aprender a ver la historia no como una esencia, es decir, como un relato cuyo significado conocemos de antemano. Más bien ese pasado no se nos revela sino a partir del mismo proceso de escritura. Por eso, si algo distingue a esta escuela conocida como *Estudios subalternos*, es su atención a la escritura o espacio en el que tienen lugar, fundamentalmente, las guerras de las interpretaciones. Una forma de escritura que tiene que enfrentar siempre el problema de lo que deja fuera: el de los olvidos, y por tanto, de todo aquello que le impide ser plenamente verdadera.

Esta premisa pone necesariamente entre paréntesis la idea de la modernidad como *telos* o destino final de toda historia o aquella que se traduce en que sólo existe una vía para acceder a la modernidad, un *handicap* con el que cargan casi todos los países etiquetados como “tercermundistas” o individuos y grupos sociales considerados como “atrasados”. Una de las aportaciones más sugerentes de este enfoque historiográfico “posco-

lomial”, sin duda, consiste en poner en suspenso este “prejuicio” para observar de manera más compleja la formación histórica de las sociedades modernas. El establecimiento de este supuesto es una condición para aspirar a rescatar las experiencias olvidadas por una historiografía fundada en una teleología de índole básicamente nacionalista. Estoy persuadido de que la inserción de esta perspectiva radical permite no solamente enriquecer nuestros conocimientos acerca del pasado, sino sobre todo, disponer de una comprensión más compleja de las sociedades modernas.

En este libro se nos proponen al menos cuatro grandes desafíos en torno a las nuevas maneras de interpretar y relatar tanto las grandes como las pequeñas historias, las llamadas historias “filosóficas” como las llamadas “etnohistorias”. El primero tiene que ver con nuestra manera de leer el colonialismo; el segundo, con el nacionalismo; el tercero sobre el problema metodológico acerca de cómo rescatar a los ausentes de la historia, esos pasados invisibles justificados largamente por la supuesta falta de fuentes o por tratarse de gente “sin importancias” para la historia, y, el cuarto, sobre la reflexión historiográfica en general y su función en la sociedad global atravesada por los medios masivos de comunicación.

Entre sus líneas se encuentran sin duda algunas respuestas a dichos desafíos, pero también sugerencias para proseguir el diálogo sobre la función social de la historiografía contemporánea. Quien se acerque a estos textos descubrirá, desde el inicio, que se encuentra en el país de la inteligencia y de la crítica. Descubrirá indicaciones muy valiosas para trascender las dicotomías de la sociología y de la historia al tratar las oposiciones clásicas entre tradición y modernidad (246-251), cambio y permanencia, continuidad y discontinuidad, sujeto y objeto, realidad y ficción. Cada contribución es una vuelta de tuerca teórica acerca de las formas de leer el pasado desde el presente, pues se trata de entender y maniobrar con algunas de las paradojas más inquietantes del mundo moderno.

Se podría resumir la aportación del libro en una frase: pensar desde lo poscolonial es abrirse al regreso de la alteridad a la historia o, formulado de otra manera, abrirse al regreso de lo contingente o de lo no necesario (66; 299). Nada que ver

con el relativismo cultural. Más bien es apertura a todo aquello que ha sido reprimido o silenciado por la historia. Como lo indica Derrida al responder a sus detractores: “La deconstrucción no es una clausura en la nada, sino una apertura hacia el otro”.¹ ❖

¹ Geoffrey Bennington y Jacques Derrida, *Jacques Derrida*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 13.

